

V Seminario Internacional Desigualdad y Movilidad Social en América Latina.

“Lo tuyo, lo mío y lo nuestro”: hacia una lectura feminista de los arreglos económicos en las relaciones de pareja

Lorena Pérez-Roa y Lelya Troncoso Pérez.

Universidad de Chile

loper@uchile.cl

lelyatroncoso@uchile.cl

Resumen

En esta ponencia desarrollaremos un análisis de los arreglos económicos de parejas jóvenes y deudoras de Santiago de Chile. Nuestro objetivo es explorar cómo en los discursos de las parejas establecen los límites entre los ingresos propios y los colectivos. Lo anterior, en tanto reconocemos que los modelos de gestión del dinero en el hogar se han transformado producto de la entrada masiva de las mujeres al mundo laboral, la masificación del dinero plástico y los cambios en las estructuras familiares. Desde ahí y a partir de una aproximación feminista hemos buscado profundizar en dos modelos de arreglos financieros: la división de los gastos en función de los ingresos y la colectivización de los ingresos.

Palabras claves: arreglos económicos; relaciones de pareja; teorías feminista; estudios sociales de la moneda

Introducción

Hablar de dinero es incómodo, sobre todo en las relaciones de pareja, ya que supone otorgar un valor económico a diversas prácticas de reproducción cotidianas, que automáticamente situamos fuera de las relaciones de mercado. Más aún, para muchos el amor es un tipo de vínculo que puede incluso corromperse con el dinero. De hecho, el amor romántico tradicional se asume como un vínculo afectivo desinteresado, espontáneo, físico e irracional (Illouz, 2007), que debe protegerse de la racionalidad y frialdad del mundo mercantil. Sin embargo, y como numerosos trabajos han mostrado (Pahl, 2002, 2008; Zelizer 2011, Belleau 2017) las transacciones económicas son inherentes a las relaciones de intimidad, y configuran, por tanto, la propia relación de intimidad. Las transacciones económicas son parte constitutiva de la intimidad, y “los repertorios culturales basados en el mercado configuran e informan las relaciones emocionales e interpersonales, mientras que las relaciones interpersonales se encuentran en el epicentro de las relaciones económicas” (Illouz, 2007, p. 20).

En esta ponencia se propone dar cuenta de las nuevas formas en que la deuda y la gestión de los recursos económicos es atendida por las parejas de jóvenes deudores profesionales en Santiago de Chile desde una perspectiva feminista. Buscamos observar los modelos de gestión del dinero y la deuda en parejas entre 25 y 40 años, donde al menos uno de sus miembros haya accedido a la educación universitaria y este inserto en el mercado laboral. Nuestra idea es abrir la “caja negra” (Elson y Cagatay, 2000) de la economía doméstica y observar un punto ciego dentro del análisis estructural de la economía (Montgomerie, J., & Tepe-Belfrage, D, 2017) y de los análisis feministas de las relaciones de poder: las formas en que la deuda se traduce en arreglos económicos concretos al interior de las parejas. Para ello esta ponencia se articula en tres tiempos. Primero haremos un recorrido conceptual por las principales ideas que sostienen el proyecto a saber: moneda e intimidad y gestión del dinero al interior de las parejas. Luego presentaremos, brevemente, el proyecto de investigación desde el cual se desprende este trabajo. Finalizaremos con el análisis de los arreglos financieros al interior de las parejas presentado los dos modelos de gestión del dinero y las deudas que exploramos en nuestras entrevistas: el modelo de división por gastos o “*prorata*” y el modelo colaborativo de gestión.

Monedas, deudas e intimidad: resituando la vida económica al interior de las parejas

Popularmente las actividades económicas se entienden como elementos que corrompen las relaciones de intimidad. El dinero, las deudas y la “vida económica” representan el “mundo hostil”, frío y racional. Por el contrario, las relaciones de pareja parecen ser el espacio del afecto, la protección y los cuidados. Desde esta lectura la intromisión de la economía en la intimidad erosiona el contenido emotivo y el altruismo desinteresado que se supone debería caracterizar las relaciones de amor. Sin embargo, en la vida cotidiana en general, y en las relaciones de cuidado en particular, economía y afecto se entrecruzan constantemente: las parejas comparten los gastos del hogar y los costos asociados al cuidado de los hijos, los padres le prestan dinero a sus hijos, los hijos son avales de los padres, etc. En esta intersección entre economía e intimidad se encuentran los trabajos de Viviana Zelizer (2009) y Arlie Russel (2008), ambas buscan conectar esferas de la vida que, desde las ciencias sociales, la economía y el derecho se han tratado históricamente como esferas separadas.

Los trabajos de Zelizer (2009, 2011) se inscriben a contracorriente de las teorías económicas clásicas que plantean que el dinero es esencialmente neutro y cuyos usos son racionales incluso en la esfera de la intimidad. Para ella, el dinero no es neutro: según su fuente (ingresos laborales, ayuda del Estado, transferencia de familiares, herencias, etc.), su destinatario y la relación en la que circula (entre conyugues, parientes, familiares, amigos, etc.) el dinero toma significados distintos. De esta manera, existen distintos tipos de dinero y para comprenderlos deben tomarse en cuenta los aspectos “no económicos” del dinero.

En este sentido, los trabajos de Zelizer entienden que en los espacios de intimidad se establecen transacciones económicas donde las personas “cotidianamente diferencian las relaciones sociales y usan distintos sistemas de pago para crear, definir, afirmar, desafiar o anular dichas distinciones (...) en una amplia gama de relaciones íntimas, las personas se las ingenian para integrar las transferencias monetarias en redes más vastas de obligaciones recíprocas sin destruir los lazos sociales involucrados. El dinero cohabita regularmente con la intimidad, e incluso la sustenta” (Zelizer, 2009: 51). Dicho de otra manera, el dinero intercambiado en la esfera doméstica no es neutro ni impersonal. Sus sentidos están socialmente contruidos en función del espacio social en el cual circula y en función del género y la pertenencia de clase de aquellos que la manipulen. Un espacio social que está a

su vez configurado por relaciones de poder en las cuales el género y la clase operan como categorías de diferenciación que se materializan en dinámicas y formas de relación generizadas concretas.

En su trabajo sobre la negociación de la intimidad, Zelizer (2009) analiza tres áreas de intimidad: las relaciones de pareja, las relaciones de cuidado y las relaciones de la vida doméstica (Zelizer, 2010). En cada una de estas áreas es posible encontrar “circuitos económicos”, es decir, intersecciones particulares entre la actividad económica y la vida íntima observables en: los modos de relación que vinculan a las personas; las transacciones que en ella se realizan, los medios de intercambio y las fronteras que los individuos designan de cada circuito. Cada lazo social tiene una cualidad especial, y por lo tanto requiere formas y ritos económicos distintos. Esta diferencia no tiene que ver con la cantidad de dinero que circula, sino con el significado que cada relación social le asigna a la transacción económica. Según quien entrega el dinero, a quién, cuándo y con qué motivo, la misma suma de dinero puede considerarse un regalo, un préstamo, un pago o una coima (Zelizer, 2009 pág. 96).

En el espacio de la relación de pareja heterosexual, los trabajos de Zelizer muestran como los dineros se encuentran marcados por el género: el dinero femenino se etiqueta como un dinero “accesorio”, en contraste con el dinero más fundamental aportado por el marido, a pesar de que en la cotidianeidad ambos aportes sean equivalentes y necesarios para el mantenimiento del hogar (Zelizer, 1994). Por otro lado, la relación entre los salarios y la distribución de los trabajos domésticos se comporta de manera paradójal: cuando la mujer empieza a trabajar, el hombre colabora con las tareas domésticas. Sin embargo, cuando la mujer gana más que el hombre, en vez de incrementar las labores domésticas las disminuye, puesto que se siente amenazado en su “virilidad” y para demostrar su “hombría”. Las mujeres, por el contrario, cuando ganan más que los hombres asumen más tareas domésticas para demostrar que no han faltado a su rol femenino. Los estudios de masculinidades hegemónicas (Connell y Messerschmidt, 2005) se han interesado a su vez por comprender los modos en los cuales muchos hombres se ajustan y desafían las expectativas tradicionales asociadas a la figura del “hombre proveedor”, especialmente en contextos de crisis económica y a la luz de las transformaciones en las relaciones de pareja, existiendo un mayor rechazo en generaciones jóvenes a relaciones sociales patriarcales y una apertura a construir relaciones más “pragmáticamente igualitarias”.

Desde los estudios feministas y la sociología de las emociones Arlie Russell (2008) analiza la mercantilización de la vida íntima. A diferencia de la aproximación cultural a las transacciones económicas que propone Zelizer, Russell se enfoca en como las fronteras mercantiles se han desdibujado entre los espacios de mercado, capitalista y patriarcales, hacia la esfera de la familia, los roles de género y las emociones. En sus trabajos Russell analiza como en las familias contemporáneas, la mercantilización de la vida íntima es observable en dos situaciones: primero, en la externalización de las tareas de cuidado que antes se realizaban al interior del núcleo familiar tales como el cuidado de niños, de adultos mayores y de enfermos, entre otros. Segundo, en la explosión de literatura de desarrollo personal desde los años 90 que le promete al lector -principalmente mujeres- aprender a gestionar sus emociones para tener éxito en sus relaciones íntimas. De esta manera, el análisis de la autora busca dar cuenta como consumimos cuidado familiar y compramos modelos de gestión de las emociones que nos permitan llevar con éxito nuestras relaciones de intimidad.

En su ensayo sobre “la economía de la gratitud” Ariel Russell Hochschild (2008) presenta los resultados de un estudio sobre parejas heterosexuales casadas sobre lo que ella llama la economía de la gratitud. Esta idea busca dar cuenta de las relaciones de gratitud, es decir, de agradecimiento y de deseo de devolver el favor que se dan al interior de las parejas: ¿Qué se espera del/la cónyuge?, ¿Qué cosas se deben agradecer en una pareja?, ¿es el regalo el/la cónyuge recibe el que quería recibir? Las respuestas a estas preguntas hablan de las relaciones de gratitud al interior de las parejas, las que dependen tanto de los significados personales atribuidos como de los patrones culturales que rigen las relaciones de género.

En su trabajo, la autora reagrupa las parejas entrevistadas según lo que ella denomina “código de honor”, es decir, según las posiciones y valorizaciones que las parejas le atribuyen al “lugar” de las mujeres y de los hombres dentro de una sociedad. La autora reconoce dos códigos morales de atribuciones de honor: los tradicionales y los igualitarios. El código tradicional atribuye el honor de un hombre al éxito en su trabajo mientras el honor de la mujer -independientemente de si ella trabaja fuera del hogar o no- se atribuye al hogar. Según este código, el honor alcanzado por los hombres se refleja en su esposa: cuando un hombre asciende en el trabajo, ella también lo hace mejorando así estatus familiar. Ahora bien, si la mujer asciende laboralmente no puede traspasarle el ascenso a su pareja, muy por el contrario, su ascenso le sustrae el honor en su rol masculino. En el código igualitario, por el

contrario, el honor femenino y masculino se basan equitativamente en los roles que los cónyuges desempeñan en la esfera pública y privada. Las mujeres transfieren su honor a los hombres de la misma manera en que los hombres transfieren el suyo a las mujeres. Ambos códigos se observan de diversas maneras: en las expresiones del amor, en el rol de los regalos, en las negociaciones, valorizaciones y tiempos destinados a las relaciones de cuidado, entre otras escenas de la vida cotidiana. Estos códigos tienen, a su vez, marcos de referencia pragmáticos que derivan de los marcos de referencia históricos. Los marcos de referencia pragmáticos se invocan para referirse a la frecuencia o rareza con que una actitud deseable se inserta en el mercado de ideas y acciones (173). Es decir, se refieren a los puntos de comparación que las parejas utilizan para describir la conducta del otro. La idea de que una mujer pueda sentirse “afortunada” por los roles domésticos que su pareja asuma, tienen que ver tanto con su percepción como con la comparación que establezca con otros hombres. Esas comparaciones o “tasas vigentes” tiene patrones históricos: las mujeres en la actualidad pueden sentirse afortunadas, en comparación con sus madres y abuelas, mientras algunos hombres se sienten en desventaja en comparación con la situación de los hombres de antaño. Desde esta perspectiva, lo importante de entender es que las relaciones de poder, en los espacios de intimidad pasan a través de los vínculos de gratitud: “mediante el establecimiento de los marcos de referencia morales, pragmáticos e históricos que bajan las expectativas de las mujeres y elevan la de los hombres” (175).

Gestión del dinero en pareja: hacia una lectura feminista

A pesar de que no todas las parejas decidan organizar sus finanzas de manera consciente, en todas ellas hay un sistema de manejo del dinero descriptible (Pahl, 2000). La manera en que las parejas manejan su dinero refleja un amplio rango de variables: el acceso al trabajo remunerado y a los ingresos, los tiempos destinados al trabajo doméstico y de cuidado (Belleau, 2017), los valores y significados del dinero y las normas sociales, particularmente de género, de cada sociedad. Esta diversidad de temas abre un abanico de preguntas para interrogar la gestión del dinero en el hogar: ¿cómo las parejas gestionan el dinero? ¿Cómo las parejas comparten los recursos financieros que tienen a su disposición? ¿Cómo el dinero circula en la esfera íntima? (Belleau y Hechoz, 2008) ¿Cómo las relaciones de género

influyen en estas transacciones? En esta última pregunta, nos detendremos con mayor atención.

Los trabajos de Jean Pahl (2000, 2008) muestran como los patrones de gasto están altamente diferenciados por género. Las mujeres gastan más que los hombres en comida, ropa para mujeres y niños, cuidados médicos y cursos educacionales. Por su parte los hombres gastan más que las mujeres en alcohol, vehículos de motor, reparaciones de la casa, comida fuera del hogar, en juego y vacaciones. En general, los hombres tienden a tener mayores gastos personales que las mujeres, especialmente cuando ellos tienen el control de las finanzas del hogar. Las mujeres son más propensas a privarse de gastos personales particularmente en hogares de ingresos bajos. Desde una lectura feminista podemos abordar el gasto como un acto performativo del orden tradicional del género, de manera que las prácticas de uso del dinero re/producen estereotipos y expectativas sociales asociadas al género.

Siguiendo a Pahl (2008) la división de género en el gasto no sería relevante si todo el dinero del hogar fuera puesto en un pozo común y ambos miembros de la pareja tuviera igual acceso. Sin embargo, cuando las finanzas del hogar son manejadas de modo independiente, ambos asumen un sentido de autonomía y libertad personal, tan amplia como el equivalente a sus ingresos. Las aspiraciones de autonomía se construyen a base de desigualdades de ingreso que, por lo general, perjudican a las mujeres. En este sentido, la gestión del dinero está marcada por diferencias de género. Los trabajos de Pahl ejemplifican estas diferencias: cuando hay poco dinero y es difícil llegar a fin de mes, la mujer maneja normalmente las finanzas. Si solo el hombre está empleado tiende a controlar el dinero, delegando la administración de una parte a su pareja. Es la mujer quien, comúnmente, tiene el control y el poder de las decisiones financieras. Cuando en las parejas hay hijos comunes, es más probable que la mujer gaste en los hijos o en gastos colectivos para el hogar que los hombres (Pahl, 2000). Estas diferencias también las observa en el uso de las tarjetas de crédito y el dinero plástico: a pesar de que las tarjetas de crédito son instrumentos esencialmente individualizados, cuando estas se comparten para fines colectivos, siempre hay uno que controla el gasto del otro, y en general ese control es detentado principalmente por los hombres (Pahl, 2008).

Hélele Belleau, socióloga canadiense, ha desarrollado una serie de trabajos sobre los modelos de gestión del dinero en las parejas. Para ella, los hombres y las mujeres no comparten la misma percepción del dinero, lo que es observable, particularmente, en las dinámicas conyugales. Un elemento interesante que los trabajos de Belleau son las inconsistencias que las parejas muestran cuando hablan sobre la igualdad entre hombre y mujer en las relaciones conyugales y sus arreglos financieros cotidianos. Sus trabajos situados en la provincia de Quebec muestran como los modelos de gestión del dinero dependen, principalmente del sexo de la persona que recibe un salario mayor. Cuando los hombres ganan más es la lógica de la distribución de gastos la que prevalece, mientras que cuando las mujeres reciben un salario más elevado es la lógica de distribución de activos la que se impone. Por otro lado, y a pesar de la fuerza del discurso igualitario presente en la sociedad quebeca, las investigaciones de Belleau muestran como en el plano financiero las parejas conservan, mayoritariamente, relaciones de género tradicionales (Belleau, 2017). De esta manera, observar las transacciones y circuitos económicos al interior de las parejas, permite explorar la persistente reproducción de una normativa patriarcal en los espacios económicos de intimidad.

Metodológicamente, los trabajos de Belleau (2017 a y 2017 b) propone un modelo de cuatro dimensiones para analizar los arreglos económicos al interior de las parejas. Estas dimensiones, que toman forma de pregunta, buscan dar cuenta de las diferencias entre accesos, usos y controles del dinero: ¿Quién tiene el dinero? Busca preguntar por las fuentes de ingreso y las diferencias salariales al interior de la pareja; ¿Quién tiene acceso al dinero? Apunta a reconocer los modos de acceso al dinero en pareja ¿es que uno le debe “pedir” el dinero al otro? O en un defecto ¿ambos tienen igual acceso a los recursos financieros del hogar?; ¿Quién controla el dinero? Propone preguntar por la legitimidad del gasto incurrido al interior de la pareja. Interrogando si la persona que accede a menos recursos económicos tiene igual poder de decisión sobre el destino de los recursos que el otro; ¿Quién realiza el *moneywork* (trabajo financiero)? Esta dimensión busca reconocer quien paga las cuentas, planifica los gastos y se asegura de que haya fondos suficientes para los gastos familiares. Las múltiples dimensiones que cruzan la gestión del dinero en pareja muestran como los hogares no son “naturalmente” equitativos en la distribución, ni es naturalmente esperable que los dineros individuales sirvan para financiar proyectos colectivos. Abrir la caja negra

de la economía doméstica, implica complejizar la idea de que “naturalmente” en pareja el dinero no cuenta (Belleau, 2017).

“Lo tuyo, lo mío y lo nuestro”: gestión del dinero y deudas en parejas jóvenes, profesionales y deudoras de Santiago de Chile

El presente trabajo se enmarca dentro de los resultados de “la odisea de llegar a fin de mes: estrategias de pago de deudas de familias jóvenes de clases medias en Santiago y Concepción”, financiado por el Fondo de Investigación Científica y Tecnológica de Chile - FONDECYT de iniciación N°11150161, el cual tiene por objetivo estudiar las estrategias que las familias jóvenes de clases medias utilizan para responder a una experiencia de endeudamiento problemático.

Para este trabajo, se presentan los casos de las parejas de Santiago de Chile. En ese marco, y a partir de una estrategia metodológica cualitativa, se llevaron a cabo 20 entrevistas semi-estructuradas a parejas jóvenes profesionales y deudoras, entre los meses de marzo y septiembre del año 2017, las cuales tuvieron una duración promedio de 60 minutos, y se desarrollaron a partir de una pauta de preguntas abiertas. A través de las entrevistas cualitativas, se buscó reconstruir su trayectoria educacional y laboral, indagar en la gestión del dinero y los pagos por parte de la pareja, así como también su experiencia de endeudamiento. El objetivo, en particular, era que ambos participantes temporalizaran su trayectoria de endeudamiento en función de ciertos hitos que marcaron bifurcaciones (Bidart, 2006). Dichos hitos o bifurcaciones fueron construidas a partir de lo que la literatura en la materia reconoce como el “ciclo del endeudamiento” (Duhaime, 2001, 2003), cuyos momentos son los siguientes: “entrada al endeudamiento” - caracterización de las condición socioeconómica familiar, características del proyecto de estudios, proceso de acceso al crédito, etc. — “punto de quiebre” (Duhaime, 2003) o momento en que la deuda se transforma en un problema (llegada de hijos, cambios laborales, cambio en la estructura familiar, etc.) y “estrategias de salida” que describen como se proyecta la salida de la situación de endeudamiento. Las entrevistas se realizaron a ambos miembros de la pareja de manera simultánea, en tanto permite observar las interacciones conyugales, destacar la construcción común de la pareja, y del discurso que tienen como pareja. Sin embargo, presentan el riesgo de provocar o de presentar conflictos entre los cónyuges (Henchoz, 2007).

Estos riesgos fueron presentados a los participantes en el consentimiento ético que cada uno de los participantes firmó antes de dar inicios a las entrevistas.

Para los fines de este trabajo, nos centraremos en los modelos de gestión del dinero y de las deudas al interior de las parejas. Nos interesa profundizar en la demarcación de los límites que cada pareja establece para definir aquello que es individual y común. La idea es poder analizar las justificaciones que cada pareja moviliza para definir estas demarcaciones. Nos centramos en parejas puesto que nos interesa observar y analizar la dinámica que se establecía entre sus miembros respecto a sus estrategias, priorizaciones y decisiones en torno al dinero y las deudas. En ese sentido, asumimos la existencia de diferencias de género en la gestión del dinero y deudas (Valentine, 1999). La selección de las parejas se hizo a través de tres medios principales: 1) se contactaron individuos a partir de la realización previa de una encuesta online, a quienes se les invitó a dejar su contacto si les interesaba participar en las entrevistas; 2) a través de una invitación lanzada en redes sociales y 3) a través de las propias parejas entrevistadas quienes nos referenciaron a parejas conocidas. Cabe señalar que el requisito era ser pareja, vivir bajo el mismo techo y compartir gastos. Dependiendo de la comodidad de la pareja, algunas de las entrevistas a las parejas se realizaron en espacios públicos (plazas, cafés), mientras que otras fueron realizadas en los propios hogares de las parejas. Previo a cada entrevista, se le informó a cada una de las parejas acerca de los objetivos de la investigación, y luego se les pidió firmaran un consentimiento para su participación. Finalmente, las entrevistas fueron transcritas y analizadas a partir de la técnica de análisis temático (Paillé y Mucchielli, 2008), en la cual la información es tematizada de forma secuencial, de modo de reagrupar y examinar los discursos de los temas abordados en el corpus de la investigación.

Cabe precisar que, en virtud del consentimiento informado que cada uno de los participantes suscribió en el momento de la entrevista, y de los cánones éticos a los cuales esta investigación adhiere, los nombres de los participantes fueron cambiados por nombres de fantasía.

Lo tuyo y lo mío: colectivizar los gatos en función de los ingresos

La mayoría de las parejas entrevistadas declararon manejar separadamente sus cuentas y colectivizar los gastos. Todos estaban insertos en el mercado del trabajo por ende contaban con ingresos y cuentas bancarias propias. Ahora bien, independientemente de las responsabilidades económicas comunes -hijos, bienes inmuebles, autos, etc.- las parejas justificaban los aportes individuales desde distintos lugares. Para la gran mayoría este sistema de repartición de gastos se acuerda en función de las diferencias de ingresos al interior de la pareja. Este modelo gestión conocido como “*prorata*” (Belleau, 2017) supone que las parejas proratean los aportes en función de los ingresos de cada miembro. Aquellas parejas que declararon usarlo lo percibían como el modelo más justo: “*el gana más que yo así que obviamente pone más plata que yo*” Macarena (40 años administradora pública).

En los discursos de estas parejas, en general la responsabilidad por los gastos fijos o sólidos recaía en quien aportaba más. Es decir, el que aporta más asume los gastos considerados como más “importantes”: “*con mi sueldo pago el arriendo, los gastos comunes, la nana y el colegio de nuestro hijo. Todo lo demás lo ve Leticia*” (David 40 años, ingeniero); “*Yo cubro la mayoría de los gastos básicos de la casa y Rubén me aporta con lo que puede*” (Gloria 30 años, ingeniera); “*como yo gano más usamos esa plata para las cosas importantes, la plata de Antonio la farriamos, la usamos para salir, comer y esas cosas*” (Floencia, técnico en prevención de riesgos); “*con mi sueldo mantenemos la casa, la comida y eso. Luna se hace cargo de los gastos de la niña*” (Roberto 30 años, sociólogo). Estas diferencias o “marcajes” del dinero aportado pueden entenderse como el resultado de las diferencias en las condiciones de trabajo. En el caso de Roberto y Luna, ella es trabajadora autónoma y asume gran parte de las tareas del cuidado de su hija, mientras Roberto trabajaba con contrato y estudiaba por las noches. Floencia, ha trabajado siempre con contrato y no así Antonio, quien, además, en el momento de la entrevista se encontraba desempleado. David al igual que Gloria, perciben casi el doble de ingresos que sus respectivas parejas. Desde estas diferencias salariales las diferencias en los aportes se explican. Pagar los gastos básicos con el dinero que se reciben sagradamente mes a mes parece lógico. Sin embargo, estos arreglos aparentemente justos tienden a minimizar los aportes del otro. Por ejemplo, dentro de los gastos que asume Luna está el pago del seguro de salud de su hija y una tarjeta comercial que según cuenta la usa exclusivamente para los gastos de la niña: ropa, médicos,

materiales, etc. Luna y Roberto viven en el departamento de la mamá de ella quien solo les pide un pequeño aporte para las cuentas. Ese es el dinero que aporta mensualmente Roberto. En términos de cantidad de dinero los aportes de Luna y Roberto son relativamente similares, a pesar de que los “gastos fijos” de la casa son asumidos por Roberto. Sin embargo, las condiciones para asumir estos gastos no son las mismas: mientras Roberto recibía un sueldo fijo, Luna se endeuda para responder con esos gastos: *“yo le digo a veces Roberto: tú también tienes que aportar con la deuda porque ahí hay cosas que son de la niña y del supermercado porque no son solo cosas mías que yo fui a comprar, ni todo del médico, también hay cosas que son de la casa. Yo soy como la que tengo la deuda”*.

En el caso de Roberto y Luna dos elementos se cruzan. Por un lado, la tendencia de las mujeres madres de asumir los costos de los hijos como si fueran propios y distintos a los del hogar y por otro lado, las dificultades que, en un contexto altamente finaciarizado como el chileno, se presentan para poder materializar en cifras concretas los costos y aportes de cada uno. En general la mayoría de las parejas que ocupaban este sistema sabían que cuenta pagaban cada uno, pero desconocían la fluctuación en los valores de cada cuenta y de donde provenía el dinero que era utilizado para pagarla. De todas las parejas que entrevistamos sólo Alejandra (31 años, Trabajadora Social) y Enrique (35 años, Agrónomo) hacían el ejercicio de calcular mes a mes las cuentas y dividir las proporcionalmente en función de los ingresos del mes. Enrique había construido una planilla para dividir los gastos y planificar el ahorro. Así lograban aportar de manera proporcional y cuidar el ahorro de ambos.

La masificación de los créditos y la naturalización de su uso hace que la proveniencia de los dineros se vuelva más opaca: algunos acceden a sus tarjetas de crédito o líneas de sobre giro para poder responder a sus compromisos. El sistema de “prorrata” puede más equitativo, solo si se lleva a cabo con el control requerido y se analizan críticamente los gastos que cada conyugue hace, sino se corre el riesgo de promover el empobrecimiento del que aporta menos.

Otras parejas como Catalina (36 años. Trabajadora Social) y Bastián (37 años. Ingeniero); Laura (24 años. Musicóloga) y Danae (30 años. Diseñadora); Pedro (31 años, junior) y Loreto (29 años, egresada de derecho) y Maite (38 años. profesora de educación física) y Sebastián (29 años, profesor de educación física) prefieren dividirse los gastos mitad y mitad

independientemente las diferencias de ingreso. Laura dice sentir que es “*más justo*”, que ella se siente “*más cómoda*” aportando lo mismo que Danae. A pesar de que Danae insiste en que debieran repartirse los gastos en función de los ingresos. Laura lo prefiere así. Los gastos de ambas no superan sus ingresos y a pesar de la inestabilidad laboral de Laura siempre le alcanza para poner “su parte”. En el caso de Catalina y Bastián, la situación es más compleja. Casados hace más de 10 años, con dos hijos. Bastián gana cuatro veces más que ella. Catalina arrastra tres deudas universitarias, con el Estado, con la banca privada y con la Universidad donde estudio. Bastián tiene a su nombre los dos créditos hipotecarios del departamento en el que viven y de otro que tienen en arriendo. Sin embargo y pesar de sus diferencias salariales asumen los gastos en partes iguales: *"actualmente tenemos varios tipos de gastos. Los gastos que generan los niños. Esos los dividimos en dos. Yo pago las luz y el agua y las cosas del supermercado y Bastián paga gas, teléfono e internet y la hipoteca"* Los costos fijos que paga Catalina más sus deudas universitarias le permiten llegar con muchas dificultades a fin de mes, por eso decidió realizar una consultoría fuera de su jornada laboral para poder pagar su crédito universitario y estar más tranquila. Sin embargo, le implico un esfuerzo muy grande: *“fue terrible, porque no dormía. Claro, me pagaban bien, pero yo trabajo 44 horas, llego a la casa, mi hijo más chico usaba pañales, es chico igual.... Llegaba a revisar cuadernos a planchar, a cocinar. No dormí, de verdad”* (Catalina, 36 años). Si bien ambos parecen conocer la situación financiera de cada uno y las dificultades que ambos presentan Catalina mostró su molestia al saber que Bastián tiene dos cuentas de ahorro a libre disposición y que ella, había asumido un nuevo crédito de consumo para pagar su deuda universitaria. En el caso de Maite y Sebastián todo los costos de la casa lo dividen por la mitad a pesar de que Maite trabaja en una farmacia por el sueldo mínimo: *“Ahora estoy bien complicada, porque tuvimos un hijo, tiene un año, entonces con es posnatal, el beneficio que tengo yo de fuero maternal, entre comillas beneficio, porque en el trabajo igual, como yo trabajo por ventas, el horario que me hacen es muy corto. Entonces, en ese horario yo no alcanzo a vender mucho, entonces no llego a la meta, entonces estoy sacando sueldo mínimo. Eso no me alcanza para pagar entre crédito, arriendo, gastos de la casa, además deuda que tuve del parto, cosas que van saliendo todos los días, el pañal, la leche. Siempre termino sobregirada todos los meses”*. A pesar de lo precario de sus condiciones laborales, Maite paga el crédito que pidió para el parto de su hijo y Sebastián paga la cuota del crédito hipotecario del

departamento donde ambos viven -que está a su nombre- y los gastos de un auto que se había comprado recientemente. Mientras Maite se endeuda para responder con el 50% de los gastos del hogar y con los gastos de su hijo, Sebastián paga aquellas deudas que tradicionalmente se consideran “inversiones”. Maite lo prefiere así, dice ser “orgullosa” y que prefiere que “cada uno se haga cargo de lo suyo”. Su plan es “salir de las deudas” y empezar a ahorrar: “si él tiene su casa, yo quiero la mía”, dice.

Los discursos de las parejas entrevistadas dan cuenta como la definición del modelo de gestión del dinero no es sólo una decisión racional. Involucra una negociación de moralidades (Zelizer, 2012). Pagar lo mismo, independiente de las condiciones económicas, es para muchas mujeres una manera de proteger su independencia o equilibrar las relaciones de poder al interior de la pareja. Sin embargo, pagar lo mismo, obliga a las mujeres que ganan menores ingresos a cargar con las responsabilidades económicas invisibilizadas al interior de la pareja, que se suman a los trabajos de cuidado y que las llevan a explotar sus recursos laborales y/o financieros, sin por ello conseguir mayores ganancias económicas. En este sentido, el caso de las mujeres-madres era aún más delicado. Las cargas de cuidado que afectan particularmente a las mujeres están normalizadas e invisibilizadas, por ende, en la división de gastos no se consideran los tiempos destinados. La carga moral de la maternidad es tan fuerte, que para algunas mujeres-madres los hijos son responsabilidad tanto económica como afectiva propia. Sigue fuertemente arraigada la idea que las madres son las únicas y principales responsables por el cuidado de los hijos, lo cual se vincula tanto a sentimientos de culpa por parte de las madres que sienten que no cumplen con su “deber”, como discursos de responsabilización de las madres de todo tipo de problemas que pueden tener sus hijos (Tronto, 2013). Tronto identifica requerimientos de maternidad intensivos que operan como imperativos de invertir muchos recursos para asegurar que sus hijos tengan ventajas competitivas sobre otros hijos. Estos requerimientos de cuidados forman parte de dinámicas de mantención de desigualdades sociales, ya que salen aventajados hijos de familias más acomodadas y se recurre a cadenas de cuidado en las cuales estos servicios cuentan con condiciones salariales precarias y cuidar bien a los “míos” implica muchas veces explotar a las madres de “otros”. Como lo dice Zelizer (2010) las transacciones íntimas tienen el poder de sostener las desigualdades que se presentan a gran escala.

“Lo nuestro”: cuando lo tuyo es mío y lo mío es tuyo.

“La plata es de los dos, los gastos son de los dos” afirma Jaime (26 años, diseñador). Él y su pareja Sandra (26 años, diseñadora) tienen un sistema de administración del dinero donde ambos tienen acceso a las cuentas bancarias personales. Tienen un excel donde anotan sus gastos y deudas. Jaime se encarga de pagarlas, desde su cuenta bancaria, y cuando le falta plata saca directamente de la cuenta de Sandra. La cuenta de ella la destinan al “ahorro”. Para ellos lo importante es que ambos tengan plata en su cuenta y que ninguno quede en peor situación que el otro: *“Nosotros no tenemos un control estricto de los gastos de cada uno. No es que gastaste esto, entonces yo voy a tener que gastar en esto... no. O yo me voy a sacar plata pa’ mí. Porque yo también voy y me compro juegos, o voy y me compro ropa”* dice Jaime. Sin embargo, durante el desarrollo de la entrevista, Sandra le reitera a Jaime que ella gasta más que él. Frente a esta insistencia Jaime responde *¡Sí, pero tú hacís más plata, así que es justo que gastes más!* Una de las dificultades del sistema de puesta en común de ingresos es que la fuente del dinero nunca se olvida (Belleau, 2017). Por lo general, cuando los ingresos se comparten quien aporta menos ingresos se siente con menos derecho a usar los ingresos comunes. Sandra aporta más ingresos que Jaime, lo que la legitima -a ojos de Jaime- a incurrir con más gastos. Es Jaime quien enfatiza en el carácter de lo “justo”. Sandra por su parte, no se cuestiona sobre su “derecho” a gastar más, solo enfatiza en que ella siente que gasta más que él.

Carolina (30 años, profesora) y Diego (33 años, antropólogo) viven juntos hace dos años en un pequeño departamento de una comuna pericéntrica de Santiago. Carolina tiene una deuda de estudios con el Estado y con la Universidad donde en la actualidad hace un Magister. A pesar de que sólo por concepto de créditos paga un 30% de su sueldo, paga sagradamente su deuda todos los meses. Diego, por su parte no ha podido titularse por la deuda que acarrea en su Universidad. El no acceder al título, le ha dificultado acceder a trabajos formales en su profesión. Hoy arrastra una deuda de más de \$11.000 millones de pesos [22.000 USD\$], que no paga desde hace más de tres años. Su inestabilidad laboral lo arrastró hacia un estado depresivo. El 2016, luego de muchos intentos fallidos por encontrar un trabajo estable, Carolina le pidió a Diego que se desentendiera de la búsqueda de trabajo y que tratara su depresión. Durante ese año Carolina asumió gran parte de los gastos de la casa y se encarga de la administración: *“mi sueldo es el que sustenta la casa porque el de él va y viene (...) lo que gana él lo ocupamos para comprar cosas específicas, pero no contamos con esa plata*

de manera regular”. Tienen un cuaderno para sus gastos, Carolina es quien se encarga de anotar los gastos, las fechas de pago y las deudas que quedan pendiente. Ella es la “ordenada” dice Diego. Ellos dicen vivir siempre con lo justo, las deudas universitarias que acarrear, les impiden asumir otros proyectos económicos: “*sufrimos con las deudas, porque los ingresos son de los dos tenemos una vida compartida, y no nos alcanza*” dice Carolina. En el momento de la entrevista Diego había comenzado a buscar un trabajo: “*tenemos un proyecto juntos, no puedo dejar que Carolina me arrastre todo el tiempo*”. En efecto, Carolina llevaba arrastrando económicamente a Diego durante el último año. Durante toda la entrevista, Carolina enfatiza en las dificultades de contexto que ha tenido Diego para encontrar trabajo: la deuda de estudios, no poder titularse, las dificultades del mercado laboral de los antropólogos, etc. Sin embargo, e independientemente de dichas dificultades, el peso económico de su situación ha sido sobrellevado principalmente por ella. La “vida compartida” que ellos llevan le ha exigido postergar proyectos individuales y de pareja y racionalizar sus comportamientos de consumo y gastos. La tarea de “llevar las cuentas” también es sobrellevada por Carolina. Por ende, no sólo es quien aporta la mayoría de los ingresos, sino que también se encarga del trabajo financiero (*moneywork*), a pesar de tener menos tiempo, puesto que Carolina trabaja jornada completa y estudia en las noches. Para ella, las cosas deberían mejorar cuando Diego pueda aportar un sueldo regularmente todos los meses. Sin embargo, durante el tiempo que llevan de relación, los aportes económicos de Carolina son los que le han permitido llevar “una vida compartida”.

Los trabajos de Belleau (2017) muestran que los regímenes colectivos, son implementados con más frecuencia en el caso de las parejas donde las mujeres ganan más que los hombres. En general, las mujeres colectivizan sus ingresos, mientras los hombres resguardan parte de sus ingresos para los gastos personales. En el caso de Sandra y Jaime y de Carolina y Diego, ambos declararon hacer un uso compartido de los ingresos y de tener accesos libremente a ellos. En el caso de Sandra y Jaime, ella recibe mayores ingresos que él y en el de Carolina y Diego, es el sueldo de ella el que paga todos los gastos fijos del hogar. Para ambas parejas, la vida en común implica una vida financiera común.

Ana (29 año, diseñadora) y Ricardo (30 años, ingeniero químico) viven juntos hace 5 meses en un departamento arrendado por ambos. Ricardo gana aproximadamente 3 veces más que Ana. Ana trabaja jornada completa en una empresa y en las noches estudia otra carrera. Ella

dice “querer superarse” y tener mayores posibilidades laborales. El dinero que gana se lo pasa a Ricardo, él es quien se encarga de pagar las deudas. Ana no tiene cuenta bancaria, porque está en DICOM -sistema nacional de registro de deudores- por una deuda de estudios atrasada. Por eso es Ricardo quien se encarga de las cuentas, explican. La tarjeta de crédito, que está a nombre de Ricardo, la ocupan ambos para gastos comunes como individuales: *“por ejemplo si yo me quiero comprar unas zapatillas, que puede ser en cuotas. Se paga con la tarjeta entre los dos”* señala Ana. De ese fondo común pagan los servicios, ahorran para las vacaciones y pagan los estudios de Ana. Ricardo explica que ayudarla con el pago de sus estudios es una inversión para los dos: *“si, tenía que estudiar. Uno ve a la pareja triste, sabes que tienes que tomar alguna medida para cambiar. Te vas a quedar estancada en eso mismo y si tení que ponerte a estudiar, eso es un bien común para los dos y un capital común para los dos, una inversión común para los dos. Todo para los dos”*. Ana y Ricardo desarrollan múltiples estrategias para que el dinero común les alcance: cocinan todos los días para llevar almuerzo al trabajo, cuando el dinero no les alcanza para comprar algo intentan no comprarlo para no endeudarse, compran las cosas de segunda mano, compran en la feria y llevan el dinero justo para no gastar más, etc. Para ellos, la apuesta por colectivizar los ingresos les ha implicado un esfuerzo por racionalizar todos sus comportamientos de consumo. Su proyecto es que luego que Ana se titule de su nueva carrera y consiga otro empleo puedan comprarse un departamento. Si bien para ellos, colectivizar los ingresos y los gastos es parte de la “vida en común”, esta decisión la tomaron producto de los impedimentos que Ana tiene para ingresar al sistema financiero. Ana decidió no pagar una deuda universitaria, por ende, entro al registro económico de deudores. Ana y Ricardo hablan de su vida conjunta, utilizando una serie de palabras provenientes del “mundo económico”: la decisión de Ana de volver a estudiar es entendida como una “inversión” futura, al igual que el proyecto de comprarse un departamento, el dinero común es un “capital” y el ahorro es para “invertir”. Para ellos, la idea de que “todo es para los dos” implica una apuesta por un mejor futuro económico. Es decir, su intimidad se configura a partir de relaciones económicas. En palabras de Belleau (2017) la “ficción del amor” de Ana y Ricardo sostienen sus decisiones económicas en proyectos a largo plazo que les permiten pensarse como una unidad económica en el futuro. Por ende, lo “nuestro” se proyecta desde su potencial crecimiento económico.

Colectivizar los ingresos no es una ecuación económica simple, implica ajustar expectativas económicas. ¿Qué pasa si Diego no encuentra trabajo? O ¿Qué pasa si Diego decide gestionar sus ingresos de otra manera? ¿Cuáles son las expectativas de Carolina al apoyar económicamente a Diego? o pensando en el caso de Ana y Ricardo ¿Qué pasa si la relación se acaba mientras Ana está estudiando? ¿Qué pasa con la “inversión” que Ricardo hizo con sus estudios? En un mundo con distintos futuros posibles, colectivizar los ingresos en función de una expectativa futura siempre instala la pregunta sobre qué pasa si esa expectativa no se cumple.

Algunas consideraciones finales

En la división de los gastos, observamos como era percibido por la mayoría de las parejas como el modelo “más justo”. Sin embargo, esta división suele invisibilizar los aportes de quien aporta menos. Además, en un contexto altamente financiarizado, cada vez es más difícil objetivizar los gastos, por ende, dividir los gastos “equitativamente” se vuelve una tarea difícil de cumplir. Por otro lado, observamos como en algunos casos las mujeres cargaban con los gastos de los hijos como si fueran propios. En definitiva, dimos cuenta como dividir los gastos implica una negociación de significados, que va mucho más allá del valor moneda del objeto pagado. Por su parte, la colectivización de los ingresos también presenta dificultades. Por un lado, “nunca se olvida de donde viene el dinero” en tanto quien aporta menos no suele sentirse con la misma libertad para tomar decisiones de gasto que quien aporta más. En segundo lugar, observamos como la colectivización de los gastos está asociada a una proyección futura del aporte que deberá realizar quien aporta menos. Es decir, aportar más se entiende como algo transitorio, una “inversión”, que debería equilibrarse en algún momento.

Para terminar, merece la pena preguntarnos sobre los aportes de las teorías feministas para entender el peso de las finanzas en las relaciones de intimidad y como estas pueden ser entendidas como formas de opresión que profundizan las desigualdades ya existentes. La división mundo económico/vida íntima se materializa en el seno de dinámicas heteropatriarcales de vivir y entender la división mundo productivo/reproductivo. Se trata de una división ficticia que reproduce, de manera tensionada y siempre inacabada, un orden

tradicional del género, dificultando la implementación de lógicas de dinámicas y prácticas más equitativas en el manejo de los recursos.

Una perspectiva feminista para el análisis de los arreglos económicos en los espacios de pareja debe ayudar a conectar la vida financiera con otros ámbitos de los cuales ha permanecido analíticamente aislados. Debe valorar, visibilizar y promover una “ética del cuidado” que reconozca tanto las labores que han sido denominadas productivas como las reproductivas (Tronto, 2013). Esta división generizada de las labores sigue normalizando y naturalizando desigualdades de género, invisibilizando la sobre explotación del género femenino y limitando aquello que se reconoce como parte de la esfera económica en las interacciones humanas. Esto implica también poner en práctica un enfoque interseccional que no promueva una mirada reduccionista del género, ya que las diferencias de clase, etnicidad y “raza” son inseparables y no deben ser invisibilizadas desde una mirada feminista. En ello descansa su potencial crítico y transformador.

Bibliografía

- Belleau, H (2017) *L'amour et l'argent*. Les éditions du remue-ménage. Québec, Canada
- Belleau, Hélène & Henchoz, Caroline. (2008). Introduction. L'usage de l'argent dans le couple, pratiques et perceptions des comptes amoureux. Perspective internationale. Publisher: L'Harmattan, coll. Questions sociologiques, Editors: Hélène Belleau, Caroline Henchoz, pp.7-29.
- Connell, R. W y Messerschmidt, J. (2005). Hegemonic Masculinity: rethinking the concept, *Gender Society*, 19(6), pp 820-859.
- Duhaime, G., (2001), Le cycle du surendettement, *Recherches Sociographiques*, 42(3), p. 455-488, doi:10.7202/057472ar.
- Duhaime, G., (2003), *La vie à crédit : consommation et crise*, Presses de l'Université Laval, Québec.
- Elson D and Catagay N (2000) The social content of macroeconomic policies. *World Development* 28(7):1347–1364. Available (accessed 14 August 2016) at: <https://csde.washington.edu/~scurran/files/readings/May19/Elson.%20Social%20Content%20of%20Macroeconomic%20Policies.pdf>
- Esteban, Mari Luz (2011). Crítica del pensamiento amoroso. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Hill Collins, Patricia (1998). It's all in the family. Intersections of gender, Race and Nation, en *Revista Hypatia*, 13 (3), pp. 62-82.
- Hill Collins, Patricia (1998). It's all in the family. Intersections of gender, Race and Nation, en *Revista Hypatia*, 13 (3), pp. 62-82.
- Illouz, Eva (2007). *Intimidaciones congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires y Madrid: Katz Editores.
- Montgomerie, J., & Tepe-Belfrage, D. (2016). Caring for debts: how the household economy exposes the limits of financialisation. *Critical Sociology*, 43(4-5), 653-668.
- Pahl, J. (2000). Couples and their money: Patterns of accounting and accountability in the domestic economy. *Accounting, Auditing & Accountability Journal*, 13(4), 502-517.
- Pahl, J. (2008). Family finances, individualisation, spending patterns and access to credit. *The Journal of Socio-Economics*, 37(2), 577-591.
- Paillé, P., e Mucchielli, A. (2008), *L'analyse qualitative en sciences humaines et sociales* (3e éd.), Armand Colin, Paris.

- Russell Hochschild, Arlie (2008) *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*, Katz editores, madrid, 2008. 386 páginas.
- Silva-Segovia, J., & Lay-Lisboa, S. (2017). The Power of Money in Gender Relations From a Chilean Mining Culture. *Affilia*, 32(3), 344-358.
- Tronto, Joan (2013). *Caring Democracy. Markets, Equality and Justice*, New York: New York University Press.
- Valentine, G., (1999), Doing Household Research: Interviewing Couples Together and Apart, *Area*, 31(1), 67-74, retrieved on may 12th 2018 from <http://www.jstor.org/stable/20003952>
- Yuval-Davis, Nira (2004). *Género y Nación*. Lima: Centro de la mujer peruana Flora Tristán.
- Zelizer, V (2009) *La negociación de la intimidad*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina
- Zelizer, V (2010) Conferencia catedra Nobert Lechner,. Universidad Diego Portales, 24 de Noviembre, Santiago, Chile. <http://www.catedranobertlechner.udp.cl/wp-content/uploads/2016/04/Viviana-Zelizer.pdf>
- Zelizer, V (2011) *El significado social del dinero*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina.